

RAFAEL F. MAÑÓZ

**20 CUENTOS
DE LA REVOLUCIÓN**



LA SERPIENTE ENPLUMADA

FACTORIA EDICIONES



ZIN ASALTO AL TREN

SOBRE las paralelas de hierro, que parecen flecha kilométrica que señala algún punto misterioso del horizonte, por la llanura cubierta de pequeños arbustos, avanza rápidamente a través de verdes sembrados de ondulante maíz, cruzando arroyos que corren entre su escolta de álamos y árboles de pirú, bordeando pedregales en los que está aún tibia la centenaria lava, un tren de pasajeros.

Los postes del telégrafo, violentamente dejados atrás, parecen ir dando cada uno un latigazo a las nubes blancas que indolentemente se amontonan en celeste rebaño, al que divide por mitad la pluma negra que se levanta de la chimenea de la locomotora. Las placas que en blanco y negro señalan el kilometraje, pasan a cada minuto a los ojos de los pasajeros somnolientos que asoman por las ventanillas, acongojados por el calor del verano.

El último carro del tren es un dormitorio en el que entretienen la monotonía de un viaje de tres días por llanuras uniformes, siempre silenciosas, siempre desiertas, doce o quince pasajeros, en su mayor parte extranjeros, turistas. Se han formado pequeños grupos que matan el tiempo de diversas

maneras: unos, conversando; otros, jugando a la bajoraja; los de allá leyendo novelas de aventuras o magazines que exhiben las vidas privadas de los artistas de cine. Los mozos negros van y vienen con botellas de helado ginger-ale.

De pronto, el tren comienza a aminorar su velocidad. Los viajeros creen que se aproxima a alguna estación y comienzan a hojear sus guías ferrocarrileras.

Una señora americana, de pelo enteramente blanco, vestida de vaporoso traje de organdí color naranja y sweater ligero, color verde perico, dirigiéndose a la vecina: —¿Saber osté qué mexican curiosities vender aquí?

La vecina, una señora mexicana, gordita, bajita, vestida de negro, con una mirada sentimental y un dejo de indolencia, marcadísimo: —¡Oh, señora! Ya le he dicho que en este camino no encuentra usted curiosidades, sino hasta mañana... unos deshilados monísimos en Aguascalientes...

Un señor gordo, que viene sudando copiosamente, que se ha quitado saco, chaleco, cuello y corbata, y que continuamente suena el timbre para pedir ginger-ale. —¡Y el calor, señora, hasta cuándo dura?

El tren se ha detenido. Los pasajeros asoman a las ventanillas y se sorprenden de que el convoy haya hecho alto en mitad del desierto. No se ve estación alguna. Sólo hay sembrados de maíz, y a lo lejos, muy remotas, en la falda de una serranía que la línea férrea viene bordeando, unas casitas blancas anuncian la existencia de habitantes. Sin embargo de que aparentemente no hay motivo para detenerse, el tren sigue inmóvil por espacio de diez minutos. Se han bajado todos los empleados del ferrocarril y han corrido hacia delante de la locomotora, siguiéndoles muchos pasajeros que bajan también.

para estirar las piernas. Por fin el tren comienza a caminar a vuelta de rueda, lentamente.

En el pullman, cuatro pasajeros juegan al póker en un camarote. Han quedado en mangas de camisa, fumando en pipa y bebiendo jengibre. Tan entretenidos están que no se han dado cuenta de que el tren se detuvo, ni se apercibirán tampoco de lo que sigue, como se verá después.

Repentinamente aparece en un extremo del carro, el conductor. Viene limpiándose el sudor que en gruesas gotas le rueda por la frente, pero no por el mucho calor, sino de angustia.

El conductor. —Señoras y señores, les suplico no alarmarse... no sucede nada, absolutamente nada...

Naturalmente, lo primero que hacen todos los pasajeros, excepción hecha de los que juegan a las cartas, que no han oído al conductor, es alarmarse.

Los pasajeros: —¿Qué sucede?

—¡Dios mío!

—¿Nos hemos descarrilado?

—¡Oh, Mighty Lord!

—¿Qué sucede...? ¿Qué sucede...?

El conductor, que sigue sudando: —No alarmarse, señoras y señores: hasta estos momentos no ha sucedido nada... vamos bien; pero en cualquier momento, quiero decir, es inminente, o mejor dicho, hay peligro...

Los pasajeros, impacientes (menos los cuatro jugadores): —Pero diga usted qué sucede... pronto...

El conductor: —Señoras y señores, hemos encontrado sobre la vía indicios de la presencia de rebeldes... Se ha intentado levantar los rieles, y creemos que el tren está a punto de sufrir un asalto...

La señora de pelo blanco: —¡Oh! *Mexican bandits! Very interesting indeed...*

La señora gordita: —¡Ay...!

Un jugador: -A mí no me asustan... pago por ver...

El conductor desaparece, y los pasajeros se quedan haciendo comentarios sobre el peligro. Hay un tipo elegante, de patillas que terminan en punta a la altura de la boca. Sonríe con afectación a dos jovencitas con anteojos de aros circulares de carey, que van a los cursos de verano.

El tipo elegante: -Oh, señoritas, no deben ustedes alarmarse... Yo soy Tim Six, el famoso actor de Hollywood... Esto de los asaltos me recuerda una película que hice con Joan Crawford; varios villanos la persiguen, pero yo llego en el momento de mayor peligro, y...

Un señor de mediana edad, que viaja con un niño que en todo se mete: -He aquí, hijo mío, un asalto al tren... La civilización vejada por un grupo de vándalos...

El niño: -Papá, pide un ginger-ale... tengo sed.

Las estudiantes de anteojos redondos, admiradas con el relato que les está haciendo el actor de cine: -¡Oh, wonderful, wonderful!

La señora de pelo blanco, que ha tomado de su petaca una cámara fotográfica: -Yo retratar los *mexican bandits*...

El actor también ha abierto su veliz, sacando dos pistolas de un pie de largo, niqueladas, cachas de concha nácar, con las que juega habilísimamente: las hace girar en los dedos índices, apunta sobre el hombro, por entre las piernas, y las arroja hacia arriba para que después de dar dos vueltas en el aire, le caigan simultáneamente en las palmas de las manos...

El actor de cine: -Esto me recuerda una película que hice con Douglas Fairbanks... Lo tienen rodeado sus enemigos... yo llego en el momento de mayor peligro, y...

El niño: -Papá, yo quiero una de esas pistolas...

Jugador primero: -No sirven, es mejor mi par de ases...

El padre, preocupado: -La civilización vejada...

El actor de cine, acercándose a un viejecillo blanco y arrugado, pequeñito, amable, que resulta ser un hombre de negocios. En las novelas, todos los hombres de negocios son gordos, alrivos, y llevan atravesada sobre el vientre una gruesa cadena de reloj, y en las manos anillos con enormes brillantes. Para demostrar que ésta no es una novela, el hombre de negocios no lleva ni una sola alhaja, y es enjuto y cortés.

El actor de cine, satisfecho de la exhibición que ha dado con sus pistolas: -¿Qué le parece a usted señor...? ¿Qué opina usted de Tim Six?

El hombre de negocios, interesándose: -¿Es una nueva marca de automóviles...?

Se acerca al actor una mujer como de treinta años, vestida con traje de casimir estilo sastre, camisa y cuello que le dan aspecto masculino, al que también contribuye el pelo corto alisado con la raya en medio. Tiene una mirada dura, hombruna, y dice al actor: -Si hay asalto, me prestará usted una de sus pistolas... Yo soy una gran cazadora, he matado tigres en Bengala, leones en Sudáfrica, y donde pongo el ojo pongo la bala. Mi padre fue un famoso cazador, guía de Teodoro Roosevelt, que desde muy chico fue tirador famoso, porque educado por su madre...

Jugador segundo: -Paso...

Jugador tercero: -Pasamos todos.. se hace polla.

El actor de cine: -Esto me recuerda una película que hice con Carmel Myers: se ha perdido en la selva, entre leones y tigres... pide socorro... los guías indígenas huyen ante las fieras... entonces yo llego en el momento de mayor peligro, y...

El gordo que suda: –Negro, más ginger-ale...

El hombre de negocios, a la cazadora: –¿Vendió usted bien las pieles?

La cazadora: –No, señor. Yo no cazo por negocio. Yo amo el peligro, experimento la voluptuosidad de la sangre...

El papá: –La civilización vejada...

Una estudiante: –¿No ha cazado usted, por casualidad, ningún dinoplesio-hipocentauro?

La cazadora, con un gesto de desprecio: –Hija, esos animales se cogen con red, como las mariposas...

El niño: –Papá, yo quiero una mariposa...

Jugador cuarto: –Ya está bueno, que no sigan bluffeando...

En ese instante, el tren se detiene bruscamente. Los pasajeros que estaban en pie, caen sobre los asientos en completa confusión. Los jugadores recogen algunas fichas caídas, arreglan las barajas, y siguen jugando.

Aparece en el extremo del carro, un asaltante. Es un muchacho enorme, imberbe, tocado con un amplio sombrero de fieltro blanco. Dos cartucheras se cruzan sobre su pecho.

No lleva armas en las manos, y sólo sobre su muslo derecho se recarga un pistolón enorme, que parece ir dormitando dentro de su funda. Viene enteramente solo.

Jugador primero: –Ni siquiera un par... ¡qué mala suerte...!

El asaltante: –¿Quién de ustedes trae armas...?

Jugador segundo: –Yo traigo una florecilla...

El actor de cine, lívido, inmovilizado por el pánico, apenas puede indicar con una mirada que dirige al asaltante, las dos pistolas niqueladas que están acostadas en un asiento. El actor se ha quedado mudo, helado, rígido y olvida en esos momentos to-

das las películas que ha filmado, en medio de tremendos peligros.

Las dos estudiantes, que están admiradas, viendo al asaltante, ancho de hombros, erguido, tostado por el Sol: *–Wonderful, wonderful...*

Jugador segundo: *–Habla par de damas...*

El asaltante, que ha tomado las pistolas del actor, y que las arroja despectivamente sobre el asiento, después de haberlas examinado: *–No sirven...*

Jugador tercero: *–A mí tampoco, yo tengo tercia...*

La cazadora se ha desmayado, y acuden a auxiliarla las señoras.

La señora de pelo blanco: *–My dear... osté estar perdiéndose de un espectáculo mocho interesante...*

La señora gordita: *–¡Ay...!*

El gordo: *–¡Negro!, otro ginger-ale...*

El papá: *–La civilización vejada...*

El hombre de negocios habla al asaltante en voz baja:

–¿Dónde compran ustedes los cartuchos...?

El niño: *–Papá, yo quiero un cartucho...*

El asaltante, ya saliendo del carro, saca un cartucho de sus cananas, y lo da al niño. A poco, desaparece en el estrecho pasillo. El tren reanuda su marcha, mientras los pasajeros se dedican a atender a la desmayada cazadora. El actor trata de desabrocharle la camisa, pero las señoras lo impiden.

El actor de cine: *–Nada tiene eso de particular, señoras; esto me recuerda una película que hice con Gloria Swanson... Dos villanos tratan de ultrajarla... yo llego en el momento de mayor peligro, y...*

El niño juega con su cartucho

Pasa media hora, y el tren vuelve a detenerse un instante. Aparece por el pasillo un individuo vestido con pantalón bombacho hasta la rodilla, medias a cuadros, saco con cinturón, cachucha,

lentes, la cámara fotográfica colgada a la banderola, y una libreta de apuntes con su lápiz, en las manos.

El individuo: –Señoras y señores, yo soy el corresponsal de la Gadda... ustedes todos saben lo que es la Gadda... La Gran Alianza de Diarios Americanos... represento un sindicato que tiene diez mil periódicos y ciento cuarenta y dos magazines. Hagan el favor de relatarme punto por punto, todos los horrores del asalto...

Las dos estudiantes: –*Wonderful, wonderful.*

El corresponsal ha tomado asiento y comienza a escribir: –Me encuentro a estas infelices víctimas del salvaje atentado, todavía con caras de espanto, los cabellos despeinados, pudiendo apenas articular unas cuantas palabras de horror y de indignación...

El hombre de negocios: –Van a pagarle bien a este periodista...

Jugador cuarto: –Una fichita...

El gordo: –¡Un ginger-ale!

El corresponsal: –Vamos, señores y señoras... Parece que no se han fijado ustedes en que yo represento a la Gadda... diez mil periódicos y ciento cuarenta y dos magazines... Favor de relatarme lo que han sufrido en el asalto...

El papá: –Señor, la civilización ha sido vejada...

La señora de cabello blanco, la gordita, la cazadora y las dos estudiantes: –Pues sucedió que...

–Mire usted, estábamos...

–Diga usted que unos tigres, unos leones...

–*Wonderful... wonderful...*

El corresponsal: –Un momento, señoras, por favor, vamos por orden... yo les iré preguntando... (Dirigiéndose a una de las estudiantes) ¿Cómo eran los asaltantes...?

Estudiante primera: –Un hombre alto, hermoso...

El corresponsal, escribiendo: –Se ha precipitado

en el interior de los carros un torrente de hombres de aspecto cavernario, armados de punta en blanco, con una pistola en cada mano, un puñal entre los dientes, y lanzando gritos espantosos... Sus melenas hirsutas y sus barbas crecidas, les daban un aspecto de fieras...

El actor de cine: -Quiso quitarme mis pistolas, pero me negué terminantemente a dárselas, porque con ellas hice yo una película en la que participó Fred Thompson... Yo llegaba en el momento de mayor peligro, y...

El corresponsal, escribiendo: -Con nada se satisfacían aquellos hombres, o más bien, aquellas bestias; rompían los velices con sus enormes cuchillos y extraían ropas de señora, cold-creams, libros, recuerdos de familia, arrojándolo todo por las destrozadas ventanillas... Querían oro, alhajas, y las arrancaban de las damas que las traían puestas...

Jugador cuarto, meditando: -Se me hace que no traen nada...

La cazadora, ya enteramente repuesta: -Puede usted decir que yo he matado tigres en Bengala y leones en Sudáfrica...

El corresponsal, escribiendo: -Las tímidas mujeres...

El niño: -A mí me dio una bala...

El corresponsal, que como es costumbre, no entiende bien el español: -¿Qué dice? ¿Le ha dado un tiro? ¿Dónde?

El niño: -Entre el fumador y la cocina...

El corresponsal, escribiendo: -Un infeliz niño acababa de fumarse un puro...

El papá: -La civilización vejada...

La cazadora: -Mi padre fue guía de Roosevelt, en África...

El corresponsal, escribiendo: -Los detalles del asalto constituyen una espantosa obsesión en estas

pobres gentes. Mucho me temo que alguna de ellas, tan fuertemente impresionada por el atentado de lesa civilización, que soy el primero en relatar, pierda la poca razón que le queda...

Jugador segundo: -Yo ya no tengo nada... Hágame favor de prestarme un lote...

El hombre de negocios, confidencialmente, al oído del corresponsal: -¿Cree usted que con esto bajen siquiera dos puntos los valores mexicanos?

Jugador tercero: -Dos... y veinte más.

El gordo, que sigue sudando: -¡Negro! Un ginger-ale...

Repentinamente, una de las estudiantes hace un descubrimiento: en la lejanía, muy alto sobre las colinas que el tren va rodeando, aparece un enorme cono plateado que refleja los rayos del Sol. Un manto de nubes que flotan encima de la serranía, lo deja asomar a la altura, majestuoso, solemne.

Estudiante primera: -*The volcano... the volcano...*

Estudiante segunda: -*Wonderful... wonderful...*

Todos, con excepción del corresponsal y los cuatro jugadores, se precipitan hacia las ventanillas para ver el volcán.

El hombre de negocios: -Debía construirse un ferrocarril funicular.

El papá: -Eso sería una vejación a la naturaleza...

La cazadora: -Por ahí debe haber sin duda oso gris y gato montés...

El gordo: -¡Negro! Un ginger-ale, muy helado...

La señora del vestido blanco, a la gordita: -¿Dónde poder yo encontrar una foto del volcano?

El papá: -He aquí, hijo mío, las nieves eternas...

El niño: -Papá, yo quiero nieve...

El actor de cine: -Este volcán me recuerda una película que hice con Lewis Stone y Bessie Love... estábamos en la selva virgen del Brasil, cuando de

repente hice erupción un volcán... yo llego en el momento de mayor peligro, y...

El corresponsal, escribiendo, sin que ya nadie le haga caso: -Seguramente que nadie de los que fueron tan atrocemente vejados en este asalto, olvidará uno solo de los detalles del tremendo suceso que soy el primero en relatar...

